

pezó en Valencia, fué a rendir su último servicio en el Castillo de Montjuich.

CAMARADA CARMEN TRONCHONI

Cancillería de Panamá, en Valencia. Noviembre del 37. José María Rielsa Laguna, comandante de Estado Mayor; Carlos García Bravo, comandante de Regulares; Manuel González Romero, dieciocho años, falangista, han llegado de Madrid con documentación que disfraza sus personalidades. Encerrados en la Embajada, inhábiles desde los primeros días del Movimiento, prefieren correr todos los riesgos a continuar aquella vida sin más horizontes que un mapa de España clavado en la pared.

Los fugitivos son presos. Una muchacha valenciana, rubia, alegre y animosa, amparada en su doble condición de telefonista en activo y falangista de los primeros tiempos, logra establecer contacto con aquellos hombres en trance angustioso de ver fracasar su liberación. Carmen Tronchoni gestiona la libertad de sus camaradas. Tiene, a su vez, una amiga, también joven, que le ha ofrecido ayuda en sus empresas. La amiga se llama Inés y está casada con un policía rojo que vive en Madrid. Dice que ha conseguido descifrar el secreto de varios camuflados, agentes del Gobierno, que, como ellas, viven para encauzar hacia la vida seres que parecen irremisiblemente condenados a marchar por los senderos de la muerte.

Y allá se conviene el plan atrevido, garantizado por la ayuda leal. Los policías obtienen unas órdenes de libertad. Marchan todos a casa de Carmen Tronchoni. La noche se invierte en un rosario de avemarías y de esperanzas.

De madrugada, un «Hispano» de servicio oficial recoge a los policías, los falangista y las muchachas. Viajan éstos como presos custodiados que deben declarar en Barcelona. Los controles de carretera no ofrecen dificultad.

En Barcelona el optimismo es completo. Se ins-

talán en un buen hotel; salen y entran, aunque, naturalmente, acompañados de quienes pueden defenderlos de una posible exigencia callejera de documentación. Tienen algún dinero, y cada noche, cuando se acuestan en Barcelona, piensan que «la vida comienza mañana».

Pero van corriendo las fechas, y los pasaportes que han de permitir su evasión no llegan. El dinero se acaba. No podrán pagar el hotel. Entonces, uno de los amigos «disfrazados» ofrece un hotelito que hay en las afueras.

Es la ratonera. Una tarde, Carmen, acompañada del más joven, aquel muchacho falangista de dieciocho años, sale a dar un paseo y a la difícil captura de algo comestible. Al regreso, la casa está acordonada. Todos están detenidos.

El día 1 de febrero, con mucho papel sellado, porque ya en aquella época los rojos quieren dar apariencias de legalidad a sus actuaciones, se celebra el juicio. Alta traición y espionaje. Las citaciones tienen escrito el membrete en catalán.

En el banquillo de los acusados, los comandantes Bielsa y García Bravo, Manuel González Romero, Carmen Tronchoni Soria. Nadie más... Las miradas se funden en una interrogante que se avergüenza de la monstruosa sospecha.

Testigos de cargo... aquellos mismos que fueron sus compañeros de viaje y de preparativos de evasión, y una mujer. Una mujer vestida con las ropas que le ha quitado a Carmen Tronchoni. El pelo, muy rubio, oxigenado recientemente. Gafas negras ocultando sus ojos. Cuando le piden su nombre contesta: «Inés Jiménez».

El Tribunal encuentra lógico dictar la más contundente sentencia. Carmen Tronchoni Soria, agente de enlace, no niega nada ni pretende disculparse. Mas tampoco rodea su agonía de teatralidad. Escucha la sentencia de pie, arrogante, serena, con la mirada clara y a lo lejos.

Allá en Valencia —el padre es guardia de Seguridad retirado y se casó ya viudo con la que después hubo de ser madre de Carmen—, un hijo del matrimonio anterior es comandante de los